

Feijoo en Francia

LUCIENNE DOMERGUE
Universidad de Toulouse-Le Mirail

ESTANDO EN OVIEDO CON OCASIÓN de la «Semana Marañón 2000» sobre Feijoo, y hablando precisamente sobre la huella transpirenaica dejada por el Padre Maestro, me señaló Carmen Ibáñez Ulargui un título del Doctor Marañón en que se trata de lo mismo y luego me remitió el texto titulado *Feijoo en Francia*. Se trata de un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires, el 17 de abril de 1938¹. Son unas disquisiciones sobre la impronta que dejan, incluso varios siglos después, los clásicos, las grandes creaciones literarias, en el alma de los que los leen, y van seguidas de unas confesiones marañonianas sobre los que fueron para él entrañables santos de su devoción, entre ellos Feijoo naturalmente.

Destaca Marañón la esencia de lo que, a pesar del transcurrir del tiempo, le une al fraile gallego, y es la «fe inquebrantable en que la civilización verdadera nace sólo de la tolerancia y común convencimiento de que si España no ha alcanzado aún su mayor edad como nación, a pesar de sus años, es porque no ha florecido todavía una era larga de tolerancia en el alma de la mayoría de sus hijos». Esta tolerancia la llama también «liberalismo ecuaníme». Dicha frase adquiere pleno sentido si se piensa en la fecha de su redacción: primeros meses del año 1938.

No nos extrañaremos de que, en un artículo de prensa publicado por esas fechas, Marañón se entretenga en aludir una y otra vez (y

¹ En la edición de las obras completas de Marañón ocupa las páginas 409 a 412.

más aún al final de su texto) a los lances de la historia patria de aquellos años: a «las épocas de letargia» que le tocaron vivir al Padre Maestro, opone el coetáneo de la Guerra civil española «las [épocas] de frenesí», y luego termina con una profesión de optimismo y de fe humanista: «La vida seguirá su curso. Pasarán las revoluciones, las guerras y las tiranías. Una y otra vez, los hombres ciegos se matarán entre sí, buscando la verdad que está a su lado. Mas por debajo de la violencia, el progreso humano irá dejando la huella de su paso inexorable en hitos incommovibles; en la obra de los hombres justos, fieles a su tiempo, esperanzados del porvenir, incapaces de esgrimir las armas nobles del respeto y de la tolerancia para atropellar a los demás».

¿Por qué se le ocurrió entonces (1938) al Doctor Marañón sacar a relucir al Padre Maestro? Por cierto, Feijoo que siempre fue, a la hora de defender las ideas modernas, un luchador empedernido, no usó más que las armas de la razón y del discurso, a veces apasionado. Pero hay más. La ocasión de evocar al polígrafo de las Luces naciesse se la proporcionaba la publicación bastante reciente, ya que coincidió con el estallar de la Guerra (1936), del libro de G. Delpy, *Feijoo et l'esprit européen*, que primero fue una tesis, una de esas tesis à l'ancienne que necesitaban (se complace en recordarlo Marañón)² bastante sazón.

La reseña (ya que más que nada se trata de una reseña), muy positiva desde luego, que Marañón hace de la obra de Delpy, al tiempo que está inspirada por la brutalidad de la Historia en que salía a luz, insiste sobre lo que es la médula de la tesis: Feijoo europeo, Feijoo pionero del movimiento europeizante, recordando que «la fundamental preocupación del gran polígrafo gallego fue... derramar sobre la tradición española un rocío de pensamiento universal, que entonces era exclusivamente europeo. Exclusivamente y específicamente: porque Europa alcanza el apogeo de su alma genuina en el siglo XVIII, hasta los años de la Revolución francesa, en los que comienza a perder la pureza de su alma continental»³.

² «Cerca de quince años han transcurrido desde que comenzó sus estudios hasta el momento de aparecer su libro impreso. No hay en él una sola frase de la que no trascienda la meditación. El pensamiento está, en cada capítulo, en el punto exacto de su madurez. Y el lenguaje tiene esta inconfundible exactitud de la retórica dejada crecer sin prisa y podada después con responsabilidad» (p. 412).

³ G. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 411.

¿Cuál es la situación bibliográfica bastantes años después de que Delpy publicara su tesis conjuntamente con su tesis «complémentaire»: *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*? Es lo que nos hemos comprometido a evocar ahora.

La Biblia de los estudios dieciochistas, o sea la *Bibliografía de los autores españoles del siglo XVIII*, artículo «Feijoo», donde, como es sabido, el autor —Francisco Aguilar Piñal— incluye también los estudios sobre los autores, ha sido nuestra primera fuente. La bibliografía feijoniana en francés o firmada por autores franceses o francófonos es poco abundante. Con todo, a partir de los años 40 del pasado siglo, otro profesor de la Sorbona, Robert Ricard, publicó varios artículos sobre Feijoo, escogiendo temas a veces sorprendentes: «Sur quelques citations latines de Feijoo»⁵, «Feijoo et l'esprit réformateur dans l'Espagne du XVIII^e siècle», «Feijoo et la Chine», «Un document sur la cloche de Velilla (1564)», «Notes sur la bibliographie de Feijoo», «Feijoo y el misterio de la naturaleza animal», «Sur le purgatoire de Saint Patrice: Montalbán et Feijoo». También Ricard dirigió varias (5) tesinas inéditas de estudiantes (cuyas referencias figuran en la *Bibliografía* de Aguilar Piñal) sobre distintos aspectos de la obra feijoniana: «Contenu pédagogique de l'œuvre de Feijoo», «Feijoo et le Portugal», «La Philosophie politique de Feijoo», «Les idées linguistiques de Feijoo», «Feijoo et l'Amérique»⁶. Un filósofo, Armand Llinares, publicó un estudio sobre «Un aspect de l'antillulisme au XVIII^e siècle. Les Cartas eruditas de Feijoo» en los *Mélanges offerts à Marcel Bataillon* (1962), y un «comparatista», D. H. Pageaux, otro sobre *Le bi-centenaire de Feijoo (1764-1964)*. Un dieciochista que pertenece a una generación más joven, Michel Dubuis, discípulo de R. Ricard, sacó del olvido a «El erudito Juan Luis Roche, epígono y propagandista de Feijoo en el Puerto de Santa María», en el *Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, Oviedo 1981.

Un profesor belga de Lovaina, R. Trousson, se interesó por «Feijoo, crítico de la exégesis mitológica», en tanto que J. Lapointe estudiaba a «Francisco Bacon en la obra del padre Feijoo».

⁵ Ambas obras se publicaron en París, Hachette, 1936 (págs. 389 y 94, respectivamente).

⁶ Véase la *Bibliografía* de Aguilar Piñal para más detalles.

⁷ En 1967 Ch. V. Aubrun, también profesor en la Sorbona, dirigió una tesina sobre «Fontenelle en la obra de Feijoo».

Lo que no deja de resultar poca cosa en los 50 años que median entre los trabajos de Delpy y la edición de la *Bibliografía* de Aguilar.

Para los dos últimos decenios, hemos recurrido a las bases de datos informatizadas sin gran éxito. Desde 1970, la *Bibliothèque Nationale de France* no ha ingresado ningún libro sobre Feijoo; lo mismo pasa con la base de datos «Electre» que funciona desde 1990. La base Francis del CNRS inserta 7 títulos, que al final se reducen a 3, incluso a 2 (ya que un autor es Rinaldo Froldi, que es difícil clasificar entre los investigadores franceses). Se trata de dos artículos: uno, a propósito de una carta de Feijoo, firmado por J.-P. Clément, se publicó en el *Boletín del Centro de Estudios del Siglo XVIII*, 1983; el otro es de H. Méchoulan, «Du racisme religieux de Torrejoncillo à l'antijudaïsme éclairé de Feijoo», y está publicado en la *Revue des Etudes Juives*.

El listado de las tesis —efectivo desde 1972— no da mucho de sí, ya que proporciona sólo la de Camille Ambasse titulada «La réforme de l'université espagnole du XVIII^e siècle: actualité des idées de Feijoo et essai d'application au système éducatif gabonais», defendida en Perpignan en 1997 (Director: J. Issorel)⁷.

La obra de Feijoo nunca se ha incluido (por lo menos durante el último medio siglo) en los programas de las oposiciones a cátedras de institutos: normalmente los autores que figuran en estos programas interesan después a los jóvenes investigadores (tal fue el caso de Forner o de Jovellanos); pero Feijoo no tuvo tal fortuna.

Ahora bien, ello no siempre fue así: mientras vivía el Padre Maestro fue conocido y estimado fuera de la península, también en Francia; tres años apenas después de su publicación, Hermilly tradujo el *Teatro crítico*, publicando en 2 vols. *Théâtre Critique, ou Discours différents sur toutes sortes de matières pour détruire les erreurs communes, traduit de l'espagnol... par le traducteur de l'Histoire Générale d'Espagne de Jean Ferreras*, París, 1742-43. Pero luego hasta el siglo XX no se publica la traducción (parcial) del *Teatro crítico*, la firma D. H. Pageaux (editorial Helgé).

La prensa erudita francesa del tiempo no olvidó al benedictino, tal como ha demostrado la interesante exposición bibliográfica, organizada en la Universidad de Oviedo por la profesora Dolores Mateos, con ocasión de la *Semana Marañón*.

⁷ François Lopez nos habló de la tesis emprendida en Burdeos por Béatrice ANLO: «Feijoo, ses sources et ses correspondants espagnols», comentando que no sabe a ciencia cierta si se llevará a cabo.

Para terminar este balance —modesto— de la huella del Padre Maestro en las letras de la vecina Francia, a quien, aunque con gran lucidez, él admiraba, me referiré a un documento sin fecha, pero sin duda alguna del siglo XIX; consta de dos páginas y forma parte de los fondos de la *Bibliothèque Nationale* de París⁸; es una cosa curiosa, sin más, que muestra que, fuera de su país, la gloria que el padre Feijoo alcanzó en el siglo siguiente fue gracias al cordel, género que él no apreciaría mucho, probablemente.

En efecto, se trata de un folleto, lo que en francés se llamaba un «canard», que los pregoneros («crieurs publics») vendían por las calles; se titula: *Relation sur la découverte miraculeuse d'un homme-poisson qui vient d'être pêché à Cadix. Des principales circonstances merveilleuses de la vie de cet homme amphibie, vivant alternativement tantôt à terre, tantôt au fond de la mer.*

A pesar de que este «canard» es muy posterior a la época de Feijoo, se pretende en el mismo título que tal ente (ingenua mentira) acaba de pescarse en Cádiz, ya que lo que le gusta a la gente que lee estos «canards» y dará crédito a la especie, es que el hecho haya ocurrido en el momento mismo y que el ente esté recién pescado.

Aquí se trata, por supuesto, del episodio del hombre-peze de Liérganes, al que Feijoo dedica un buen número de páginas (en la BAE son 24) con no menos cantidad de raciocinios *sui generis*, lo que el «canard», que se interesa por la mera anécdota y nada más, resumirá en una página y media.

El traductor popular del cuento del anfibio se contenta, pues, con resumir a vuela pluma no el «discurso» feijoniano, sino «la cabalísima descripción del suceso, remitida [a Feijoo] por el señor marqués de Valbuena, residente en la villa de Santander, a diligencia del señor don José de la Torre, dignísimo ministro de su majestad en esta real audiencia de Asturias», texto publicado *in extenso* por el Padre maestro al empezar su «discurso», en que sólo sirve de punto de partida para un «examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos». Se ve que Feijoo se interesaba por la filosofía y el «canard» por el aspecto peregrino de la cosa.

Sin embargo, de tal suceso y del parto que le inspiró al traductor francés se podría decir: *desinit in piscem*. Quizás para evitar este in-

⁸ Département des imprimés, 4.º Tb 73 98, 6051.

conveniente el autor del «canard» le añade al final un parrafito, que tan sólo alude a «plusieurs réflexions philosophiques sur l'existence d'un tel phénomène» que Feijoo tuvo a bien insertar en su obra.

El «canard» se abre con la mención de los que en Francia difundían tal infraliteratura: mientras en España eran los ciegos, en París se recuerda que se encuentran tales «canards» en el «Bureau central des crieurs publics, rue de la Harpe, 45», siendo el impresor: «Typographie de H. V. de Surcy et C^e, rue de Sèvres, 37»⁹.

⁹ El texto del «canard» se publica en anejo.

Bureau central des crieurs publics, rue de la Harpe, 45.

RELATION sur la découverte miraculeuse d'un HOMME-POISSON

QUI VIENT D'ÊTRE PÊCHÉ A CADIX.

Des principales circonstances merveilleuses de la vie de cet homme amphibie.
vivant alternativement tantôt à terre, tantôt au fond de la mer.

Le père Feijoo rend ainsi compte de l'existence d'un homme amphibie :
Un jour, des jeunes gens de Bilbao se promenaient au bord de la mer, lorsque l'un d'eux, nommé François de La Véga, âgé d'environ quinze ans, se précipita soudain dans la mer et disparut aussitôt. Ses camarades, après l'avoir attendu quelque temps, le considérèrent comme noyé. Ils publièrent cet événement et en firent donner avis à la mère de La Véga, qui habitait Liérganes, petite ville de l'archevêché de Burgos. D'abord, elle ne crut pas à la mort de son fils ; mais ne le voyant reparaitre ni à la maison, ni dans la ville où il était avant cet accident, elle n'eut plus de doutes et elle le crut perdu.

Cinq ans s'étaient écoulés, lorsque des pêcheurs des environs de Cadix aperçurent un jour un être à figure humaine, tantôt nageant, tantôt plongeant dans la mer. Le lendemain ils le revirent encore, et firent part à plusieurs personnes de cette singulière circonstance. Ayant jeté leurs filets où ils mirent des morceaux de pain pour servir d'appât, ils réussirent à attirer et à enlacer cet être extraordinaire, et ils furent bien étonnés de reconnaître que c'était un homme parfaitement formé. Ils lui firent beaucoup de questions en différentes langues ; mais il ne répondit à aucune ; seulement au bout de quelques jours, il prononça le mot de *Liérganes*.

En ce moment, quelqu'un de cette ville se trouvait présent ; il écrivit à ses amis pour leur demander des renseignements au sujet de cet homme.

On lui répondit qu'un jeune homme de Lierganes avait, depuis quelques années, disparu de Bilbao, mais que depuis l'on n'en avait plus entendu parler. D'après cela, on décida que l'homme-poisson serait envoyé à Lierganes. Ce fut un moine franciscain qui se chargea de l'y conduire. À un quart de lieue de la ville, le moine lui dit d'aller devant et de prendre le chemin de sa maison; il ne répondit point, mais il conduisit directement le franciscain à la maison de sa mère. Celle-ci le reconnut sur-le-champ, et s'écria en l'embrassant : *C'est mon fils que j'avais perdu à Bilbao!* Deux de ses frères qui étaient présents le reconnurent de même et l'embrassèrent aussi avec une pareille tendresse. Quant à lui, il ne donna pas le moindre signe de sensibilité et ne montra pas la moindre surprise. Il ne parla pas plus à Lierganes qu'il avait fait à Cadix, et on ne put apprendre de lui aucun détail sur son aventure. Il avait entièrement oublié sa langue, excepté les mots *pan, vino, tabaco* (pain, vin, tabac); mais il les prononçait sans y attacher aucun sens. On lui demandait s'il voulait avoir quelques-unes de ces choses, il ne faisait aucune réponse.

Pendant quelques jours il mangea considérablement; mais tôt après il ne voulut prendre aucune espèce de nourriture. Lui donnait-on une commission, il la remplissait sans proférer une parole. Il portait une lettre où on lui disait, et en rapportait la réponse écrite. Un jour on le chargea d'en aller remettre une à Saint-André; pour cet effet, il fallait passer, à Padrenna, une rivière qui dans cet endroit a plus d'une lieue de large. François de La Véga ne trouvant pas de bateau pour la traverser, se jeta à l'eau, atteignit l'autre rive à la nage, et remit la lettre à son adresse.

Ce jeune homme avait près de six pieds; il était bien formé; il avait un beau teint, et ses cheveux, qui n'étaient pas plus longs que ceux d'un enfant nouveau-né, étaient rouges. Il allait toujours pieds nus, et n'avait presque point d'ongles ni aux mains ni aux pieds. Il ne s'habillait que quand on lui disait de le faire. Il en était de même pour manger : quand on lui présentait quelque nourriture, il l'acceptait; mais il n'en demandait jamais. Après être resté dans cet état pendant près de neuf ans auprès de sa mère, il disparut de nouveau, et l'on n'a jamais pu en deviner la cause; seulement il est vraisemblable que ce qui avait donné lieu au premier événement donna lieu au second.

On dit dans le temps qu'un habitant de Lierganes a vu François de La Véga dans un port des Asturies; mais ceci ne s'est jamais confirmé.

Lorsque cet homme extraordinaire fut pêché près Cadix, on assure qu'il avait le corps tout couvert d'écailles, qui tombèrent toutes peu de temps après sa sortie de l'eau, et l'on prétend de plus que diverses parties de son corps étaient aussi rudes que du chagrin.

Le père Feijoo ajoute à cette relation plusieurs réflexions philosophiques sur l'existence d'un tel phénomène, ainsi que sur le point de savoir s'il est possible à l'homme de vivre ainsi au sein de la mer, etc. Il établit que si François de La Véga avait conservé sa raison et l'usage de la parole, il aurait pu donner plus de renseignements instructifs que tous les ouvrages réunis des plus grands naturalistes.